

—He pensado que vendrían ustedes solas, y he querido acompañarlas—dijo el joven á la señorita de Touches.

—Ha hecho usted bien, Calixto—le respondió ésta estrechándole la mano.

Beatriz se volvió, miró á su joven amante y le dirigió la mirada más imperiosa de su repertorio. Una sonrisa, que la marquesa sorprendió en los elocuentes labios de Camilo, le hizo comprender la vulgaridad de este medio digno de una burguesa, y entonces la marquesa de Rochefide dijo á Calixto sonriendo:

—¿No será impertinente creyendo que puedo estorbar á Felicidad por el camino?

—Querida mía, un hombre no es bastante para dos viudas, y, por tanto, me lo llevo—dijo la señorita de Touches tomando por el brazo á Calixto y dejando á Beatriz ocupada en contemplar la marcha del vapor.

En este momento, Calixto oyó, en la cuesta que baja á lo que se llama puerto de San Nazario, las voces de la señorita de Pen Hoël, de Carlota y de Gasselín, que charlaban como tres cotorras.

La solterona preguntaba á Gasselín, y quería saber por qué su amo y él se encontraban en San Nazario, y el coche de la señorita de Touches no tardó en denunciarle la causa. Antes de que el joven hubiera podido retirarse, ya había sido visto por Carlota.

—¡Allí está Calixto!—exclamó la pequeña bretona.

—Vaya usted á ofrecerles mi coche—dijo á Calixto Felicidad, la cual sabía que la señora de Kergarouët, su hija y la señorita de Pen-Hoël no habían tenido asiento.—La camarera podría ir en la delantera con el cochero.

Calixto, que no podía menos de obedecer á Camilo, fué á cumplir el encargo que ésta le dió. Tan pronto como supo que viajaría con la marquesa de Rochefide y la célebre Camilo Maupín, la señora de Kergarouët no quiso dar oídos á las reticencias de su hermana mayor, la cual se negaba á utilizar lo que ella llamaba la carroza del diablo. En Nantes estaban más civilizados que en Guerand; se admiraba á Camilo, se la consideraba como la musa de Bretaña y el honor del país, y excitaba tanta curiosidad como envidia. La absolución dada en París por el gran mund y por la moda había sido causa grata por la gran fortuna de la señorita de Touches y, sin duda, por sus antiguos éxitos en

Nantes, que se preciaba de ser la cuna de Camilo Maupín; así es que la vizcondesa, loca de curiosidad, arrastró tras sí á su anciana hermana sin prestar oídos á sus jeremiadas.

—Buenos días, Calixto—dijo la pequeña Kergarouët.

—Buenos días, Carlota—le respondió Calixto sin ofrecerle el brazo.

Sobrecogidos ambos, ella por tanta frialdad, y él por su crueldad, subieron el barranco tortuoso que llaman calle en San Nazario, y siguieron en silencio á las dos hermanas. En un momento, aquella niña de diez y seis años vió derrumbados los castillos en el aire contruídos y amueblados por sus novelescas esperanzas. Carlota había jugado tantas veces con Calixto durante su infancia, y le era tan adicta, que creía su porvenir inatacable, y cuando corría impulsada por su loca alegría, como el pájaro que se precipita sobre un campo de trigo, vió detenido su vuelo, sin poder imaginarse el obstáculo.

—¿Qué tienes, Calixto?—le preguntó la joven tomándole la mano.

—Nada—respondió el bretón apresurándose á separar su mano, al acordarse de los proyectos de su tía y de la señorita de Pen-Hoël.

Dos gruesas lágrimas humedecieron los ojos de Carlota, la cual miró sin odio al hermoso Calixto; pero la pobre iba á experimentar su primer ataque de celos y las espantosas rabias de la rivalidad, al ver á las dos hermosas parisienses y al sospechar que ellas eran la causa de la frialdad de Calixto.

Carlota de Kergarouët, dotada de mediana estatura y de vulgar frescura, tenía una cara redonda, iluminada por dos ojos negros que denotaban inteligencia; negros y abundantes cabellos, un talle redondo, brazos delgados, y el modo de hablar breve y decidido de las jóvenes que no quieren parecer tontuelas, completaban su retrato. A causa de la predilección que su tía sentía por ella, esta muchacha era la niña mimada de la familia, y en este momento llevaba puesta la capa de merino escocés á grandes cuadros y forrada de seda verde que había traído en el vapor. Su ropa de viaje, de tela bastante ordinaria, iba á parecerle horrible al ver los elegantes vestidos de Beatriz y de Camilo, é iba á sufrir atrocemente al ver sus medias blancas manchadas en las rocas y en las barcas donde había saltado, y sus malos zapatos de becerro

comprados á propósito para no echar á perder los buenos de viaje, según es uso y costumbre en las gentes de provincias. Respecto á la vizcondesa de Kergarouët podemos decir que era el verdadero tipo de provinciana: grande, seca, ajada, llena de pretensiones ocultas que no se mostraban hasta después de haber sido heridas, hablaba mucho y atrapaba alguna que otra idea á fuerza de hablar, como el chambón que hace alguna que otra carambola á fuerza de jugar, lo cual le daba cierta reputación de mujer ocurrente; procuraba humillar á los parisienses con la pretendida honradez provinciana y con una falsa dicha incesantemente elogiada, humillándose para que la ensalzasen y poniéndose furiosa cuando no lo hacían, pescando con caña los halagos, como dicen los ingleses, y no siendo siempre afortunada; vestía de un modo exagerado, confundía la falta de afabilidad con la impertinencia, creía que molestaba mucho á las gentes no haciéndoles caso, rechazaba lo que deseaba para que se lo ofreciesen dos veces y hacer ver así que lo tomaba por compromiso, y, finalmente, resistía difícilmente una hora sin hablar de Nantes, y de los petimetres de Nantes, y de los asuntos de la alta sociedad de Nantes, y sin quejarse de Nantes, y sin criticar á Nantes. Sus modales, su lenguaje y sus ideas habían contagiado más ó menos á sus cuatro hijas. Conocer á Camilo Maupín y á la señora de Rochefide constituían para ella un porvenir y el material de cien conversaciones. Así es que marchaba hacia la iglesia con paso apresurado y marcial agitando su pañuelo, que tuvo buen cuidado de desplegar para mostrar sus bordados y encajes.

—Aquel caballero—dijo á Camilo y á Beatriz señalando á Calixto, que marchaba muy triste al lado de Carlota—nos ha comunicado su amable ofrecimiento; pero mi hermana, mi hija y yo tememos molestarles.

—Hermana mía, no seré yo ciertamente la que moleste á estas señoras—dijo la solterona con acritud,—porque creo que bien podré encontrar en San Nazario un caballo que me lleve hasta casa.

Camilo y Beatriz cambiaron una mirada oblicua, que fué sorprendida por Calixto, y aquella mirada bastó para anular todos los recuerdos de su infancia y todas sus creencias en los Kergarouët Pen-Hoël y para destruir para siempre los proyectos concebidos por las dos familias.

—En el coche podremos ir perfectamente cinco—respon-

dió la señorita de Touches, á quien Jacobita volvió la espalda.—Aunque fuésemos muy molestos, lo cual no es posible dada la finura de sus talles, yo me creeré bastante indemnizada con el placer de hacer un favor á los amigos de Calixto. Señora, su camarera podía ir en el pescante, y si traen ustedes algún bulto, puede ponerse detrás de la calesa, porque no he traído ningún criado.

La vizcondesa se deshizo en cumplidos y riñó á su hermana Jacobita por haber llamado á su sobrina con tanto apresuramiento y no haber permitido que viniese en su coche por tierra, aunque era verdad que el camino resultaba no solamente largo, sino costoso, y ella tenía que volver en seguida á Nantes, donde dejaba otras tres gatitas que la esperaban con impaciencia. Al oír esto, Carlota afectó cierto aire de víctima, levantando los ojos hacia su madre, lo cual hizo suponer que la vizcondesa aburría atrocemente á sus cuatro hijas sacándolas á relucir á cada paso, como saca á relucir su gorro el cabo Trim en *Tristán Shandl*.

—Es usted una madre feliz, y debía usted...—dijo Camilo deteniéndose al pensar que la marquesa había tenido que privarse de su hijo para seguir á Conti.

—¡Oh!—repuso la vizcondesa—tengo la desgracia de pasar mi vida en el campo y en Nantes, pero en cambio me queda el consuelo de verme adorada por mis hijos. ¿Tiene usted hijos?—preguntó á Camilo.

—Yo me llamo la señorita de Touches—respondió Felicidad.—La señora es la marquesa de Rochefide.

—Entonces tenemos que compadecerla á usted por desconocer la mayor dicha que existe para nosotros, pobres mujeres, ¿verdad, señora?—dijo la vizcondesa á la marquesa para reparar su falta.—Pero en cambio tienen ustedes muchas indemnizaciones.

Al oír esto, dos ardientes lágrimas aparecieron en los ojos de Beatriz, la cual se volvió bruscamente y se encaminó hacia el grueso parapeto de roca, adonde Calixto la siguió.

—Señora—dijo Camilo á la vizcondesa al oírlo,—¿ignora usted que la marquesa está separada de su marido y que no ha visto á su hijo desde hace dos años ni sabe cuándo lo volverá á ver?

—¡Pobre señoral—dijo la señora de Kergarouët.—¿Y están separados judicialmente?

—No, por gusto—dijo Camilo.

—Vaya, así lo comprendo—respondió intrépidamente la vizcondesa.

La anciana Pen-Hoël, llena de desesperación al verse en el campo enemigo, se había retirado á cuatro pasos de distancia con su querida Carlota. Calixto, después de mirar si no le veía nadie, cogió la mano de la marquesa y la besó depositando en ella una lágrima. Beatriz se volvió con los ojos secos por la cólera, é iba á pronunciar alguna palabra terrible, cuando enmudeció de pronto al ver que el llanto bañaba el hermoso rostro de aquel ángel tan dolorosamente impresionado como lo había sido ella misma.

—¡Dios mío! Calixto—le dijo Felicidad al oído, al verle venir con la señora de Rochefide,—¿sería usted capaz de aceptar eso por suegra y á esa becaina por mujer?

—Si acaso, porque su tía es rica—dijo irónicamente Calixto.

El grupo entero se puso en marcha hacia la posada, y la vizcondesa se creyó obligada á hacerle á Camilo una sátira acerca de los salvajes de San Nazario.

—Señora—le respondió gravemente Felicidad,—yo he nacido en Gueranda y amo á Bretaña.

Calixto no pudo menos de admirar á la señorita de Touches, la cual, por el sonido de su voz, por la tranquilidad de sus miradas ó actitud, le privaba de todo embarazo, á pesar de las terribles declaraciones de la escena que había tenido lugar la noche anterior. Sin embargo, Felicidad parecía estar cansada, y sus facciones denotaban el insomnio, siendo únicamente la frente la que dominaba su tormenta interior con placidez cruel.

—¡Qué reinas!—dijo Calixto á Carlota, señalando á la marquesa y á Camilo y dándole el brazo, con gran contento de la señorita de Pen-Hoël.

—¿Qué idea ha tenido tu madre de aceptar la compañía de esa réproba?—dijo la solterona, dando también su seco brazo á su sobrina.

—¡Oh, tía! no diga usted eso. ¡Una mujer que es la gloria de Bretaña!

—La vergüenza querrás decir, hija mía, ¿ó es que tú también vas ahora á alabarla?

—Carlota tiene razón, y usted se muestra injusta—dijo Calixto.

—¡Oh! ¡usted!—respondió la señorita de Pen-Hoël—si le tiene hechizado.

—No, tengo con ella la misma amistad que con usted—dijo Calixto.

—¿Desde cuándo mienten los Guenic?—dijo la solterona.

—Desde que los Pen-Hoël están sordos—replicó Calixto.

—¿Pues no estás enamorado de ella?—preguntó la solterona encantada.

—Lo he estado, pero ya no lo estoy—respondió el joven.

—¡Ah, pícaro! ¡cuánto nos has inquietado! Ya sabía yo que el amor es una tontería y que sólo el matrimonio es sólido—le dijo mirando á Carlota.

Ésta, un poco tranquilizada por esta declaración, esperó poder reconquistar su imperio, apoyándose en los recuerdos de la infancia, y estrechó el brazo de Calixto, el cual se prometió tener una franca explicación con la heredera.

—¡Ah! Calixto, ¡qué hermosas partidas de mosca jugaremos y cuánto vamos á reírnos!

Los caballos estaban enganchados; Camilo hizo ocupar el fondo del coche á la vizcondesa y á Carlota, pues Jacobita había desaparecido, y después se puso ella en la delantera con la marquesa. Calixto, obligado á renunciar al placer que se prometía, acompañó al coche á caballo, y los caballos, cansados, marcharon con bastante lentitud para que él pudiese mirar á Beatriz. La historia ha perdido las extrañas conversaciones de las cuatro personas que la casualidad había reunido tan singularmente en aquel coche, pues es imposible admitir las ciento y pico versiones que corren en Nantes acerca de los relatos, las réplicas y las palabras que la vizcondesa repite de la célebre Camilo Maupín, aunque la señora de Kergarouët se ha guardado bien de repetir ni de comprender las respuestas de la señorita de Touches á todas las preguntas ridiculas que los autores oyen tan frecuentemente y con las cuales se les hace expiar cruelmente sus raros placeres.

—¿Cómo ha hecho usted sus libros?—preguntó la vizcondesa.

—Del mismo modo que hace usted sus obras de mano—le respondió Camilo.

—¿Y de dónde ha sacado usted esas observaciones tan profundas y dónde ha visto usted esos cuadros tan seductores?

—Del mismo sitio de donde saca usted las cosas ocurren-
tes que dice, señora. No hay nada más fácil que escribir, y
si usted quisiese...

—¡Ah! ¿estriba todo en querer? ¡nunca lo hubiera creído!
¿Y cuál de sus composiciones es la que usted prefiere?

—Es muy difícil sentir predilecciones por cosa tan insigni-
ficante.

—Está usted tan hastiada de oír alabanzas, que no acier-
to á decirle á usted nada nuevo.

—Crea usted, señora, que no deja de complacerme la
forma que usted da á las suyas.

La vizcondesa no quiso que la marquesa creyese que la
echaba en olvido, y le dijo, mirándola con gran finura:

—No olvidaré nunca este viaje, hecho entre el talento y
la belleza.

—Es favor que usted me hace, señora—dijo la marquesa
riéndose.

Carlota, que comprendía perfectamente el ridículo que
hacía su madre, la miró para contenerla; pero la vizconde-
sa continuó luchando valientemente con las dos alegres pa-
risienses. El joven, que marchaba á trote lento delante de
la calesa, no podía ver más que á las dos mujeres sentadas
en la delantera, y sus ojos se fijaban alternativamente en
una y otra, denotando los dolorosos pensamientos que le
ocupaban. Obligada á dejarse ver, Beatriz evitó constante-
mente el cruce de sus miradas con las del joven, y median-
te una maniobra desesperante para las gentes que aman,
mantenía su chal cruzado encima de sus manos cruzadas
también, y parecía ser presa de profunda meditación.

En un lugar en que el camino era sombrío, húmedo y
verde como un delicioso sendero de un bosque, y en donde
el ruido de la calesa apenas se oía y el viento derramaba
olores balsámicos, Camilo llamó la atención de sus compa-
ñeras acerca de aquel lugar lleno de armonías, y, apoyan-
do una mano en una rodilla de Beatriz y señalando á
Calixto, le dijo:

—¡Oh! ¡qué bien monta á caballo!

—¿Calixto? ¡ya lo creo!—respondió la vizcondesa—es
un jinete encantador.

—¡Oh! sí, Calixto es muy guapo—dijo Carlota.

—Hay tantos ingleses que se le parecen, que...—respon-
dió indolentemente la marquesa sin acabar la frase.

—Su madre es irlandesa, una O'Brien—repuso Carlota,
que se creyó atacada personalmente.

Camilo y la marquesa entraron en Gueranda con la viz-
condesa de Kergarouët y su hija, con gran asombro de toda
la ciudad, y las dejaron á la entrada de la calle de Guenic,
donde faltó poco para que se reuniese una verdadera multi-
tud. Calixto había apresurado el paso de su caballo para ir
á advertir á su tía y á su madre la llegada de los huéspe-
des. La comida había sido retardada convencionalmente
hasta las cuatro. El caballero volvió para dar el brazo á las
dos damas, y después besó la mano de Camilo, esperando
poder hacer lo propio con la marquesa, la cual mantuvo re-
sultantemente sus brazos cruzados, á pesar de las suplicantes
miradas que le dirigía Calixto.

—Tontuelo—le dijo Camilo rozándole la oreja é impri-
miendo en ella un beso lleno de amistad.

—Es verdad—se dijo Calixto, mientras la calesa partía.
—Olvido los consejos de mi madre; pero ¡bahl me parece
que los olvidaré siempre.

La señorita de Pen Hoël, que llegó montada intrépida-
mente en un caballo de alquiler, la vizcondesa de Kerga-
rouët y Carlota encontraron la mesa puesta, y fueron trata-
dos por los Guenic, si no con lujo, al menos con cordialidad.
La anciana Ceferina había indicado los lugares de la bodega
en donde se encontraban los vinos finos, y Marieta había
hecho verdaderos esfuerzos en la confección de sus platos
bretones. La vizcondesa, encantada de haber hecho el viaje
con la ilustre Camilo Maupín, quiso explicar la literatura
moderna y el lugar que en ella le correspondía á la escrito-
ra; pero ocurrió con el mundo literario como con el whist:
ni los Guenic, ni el cura, ni el caballero de Halga compren-
dieron una palabra. El abate Grimont y el anciano marino
tomaron parte en los postres, y tan pronto como Marieta,
ayudada por Gasselin y por la camarera de la vizcondesa,
hubieron quitado la mesa, los comensales lanzaron un grito
de entusiasmo para entregarse al juego de la mosca. La más
franca alegría reinaba en la casa, y todos creían á Calixto
libre y le veían casado ya antes de poco con la pequeña
Carlota. Calixto permanecía silencioso. Por primera vez en
su vida, establecía comparaciones entre los Kergarouët
y las dos mujeres elegantes, decidoras y llenas de gusto
que, á juzgar por la primera mirada que habían cambiado,

debían estar burlándose en aquel momento de las dos provincianas. Fanny, que conocía el secreto de Calixto, observaba la tristeza de su hijo, el cual hacía muy poco caso de las coqueterías de Carlota y de los ataques de la vizcondesa. Era evidente que su querido hijo se aburría, y que si su cuerpo estaba en aquella sala donde antaño se divertía tanto con el juego de la mosca, su espíritu se encontraba á la sazón en Touches. «¿Cómo enviarle á casa de Camilo?» se preguntaba la madre, que simpatizaba de tal modo con su hijo, que gozaba y se aburría cuando él. Su ternura de madre le aguzó el ingenio.

—Estás muriéndote de ganas de ir á Touches á verla—dijo Fanny al oído á su hijo.

El joven respondió con una sonrisa que hizo vibrar las más recónditas fibras del corazón de aquella adorable madre.

—Señora—dijo Fanny á la vizcondesa,—mañana irá usted muy molesta en el coche de la diligencia, y, sobre todo, tendría que salir muy temprano. ¿No le parece á usted que sería mejor que aprovechase el coche de la señorita de Touches? Anda, Calixto, vete á arreglar este asunto y ven en seguida.

—Antes de diez minutos estoy de vuelta—exclamó Calixto abrazando á su madre.

El joven corrió con la ligereza de un galgo, y cuando Beatriz y Camilo salían del comedor, él se encontraba ya en el peristilo de Touches, donde tuvo la buena ocurrencia de ofrecer el brazo á Felicidad.

—Ha abandonado usted por nosotras á la vizcondesa y á su hija, y no dejamos de comprender lo inmenso del sacrificio—le dijo Camilo estrechándole el brazo.

—¿Esos Kergarouët son parientes de los Portendure y del antiguo almirante de Kergarouët, cuya viuda se casó con Carlos de Vandenesse?—preguntó la señora de Rochefide á Camilo.

—Sí—contestó ésta,—la señorita Carlota es sobrina segunda del almirante.

—¡Oh! Carlota es una joven encantadora, y no irá mal con ella el señor de Guenic—dijo Beatriz sentándose en un sofá gótico.

—No, ese casamiento no se hará nunca—se apresuró á decir Camilo.

Abatido por el aire frío é indiferente de la marquesa, que señalaba á la pequeña bretona como la única criatura que pudiese hacer pareja con Calixto, éste quedó anodado.

—¿Y por qué, Camilo?—le preguntó la señora de Rochefide.

—Querida mía—repuso Camilo al ver la desesperación de Calixto,—yo no aconsejé á Conti que se casase, y me parece que estuve muy amable con él: en este momento no se muestra usted nada generosa.

Beatriz miró á su amiga con sorpresa mezclada de indefinibles sospechas. Calixto comprendió la abnegación de Camilo al ver que sus mejillas se coloreaban de aquel modo, que anunciaba en ella violentas emociones, y, encaminándose torpemente hacia ella, le tomó una mano y se la besó. Camilo se puso negligentemente al piano, como mujer segura de su amiga y del adorador que ella se atribuía, volviéndoles la espalda y dejándolos casi solos. Una vez allí, improvisó variaciones sobre algunos temas escogidos y dotados todos de excesiva melancolía. La marquesa parecía escuchar, pero lo que hacía en realidad era observar á Calixto, el cual, demasiado joven y sencillo para desempeñar el papel que le señalaba Camilo, estaba en actitud extática ante su verdadero idolo. Después de una hora, durante la cual la señorita de Touches se dejó llevar de sus celos, Beatriz se retiró á su habitación. Camilo hizo pasar inmediatamente á Calixto á su habitación, á fin de no ser escuchada (pues las mujeres tienen un admirable instinto de desconfianza), y le dijo:

—Hijo mío, finja usted que me ama, ó si no está usted perdido. Usted es un niño, no conoce á las mujeres y sólo sabe amarlas. Pero amar y hacerse amar son dos cosas muy diferentes. Va usted á ser víctima de horribles sufrimientos, y yo quiero verle feliz. Si contraría usted, no ya el orgullo, sino la terquedad de Beatriz, ésta es capaz de marcharse á algunas leguas de París al lado de Conti. Y entonces, ¿qué será de usted?

—La amaré lo mismo—respondió Calixto.

—Pero ya no la verá usted nunca más.

—¡Oh! sí.

—Y ¿cómo?

—La seguiré.

—Pero si eres pobre como Job, hijo mío.

—Mi padre, Gasselín y yo permanecemos tres meses en la Venda, con ciento cincuenta francos, andando día y noche.

—Escúcheme usted bien, Calixto —le dijo la señorita de Touches.—Veo que es usted demasiado candoroso, y aunque no quiero corromper su hermoso modo de ser, voy á darle un consejo. Usted será amado de Beatriz.

—¿Será posible eso?—dijo el joven juntando las manos.

—Sí—respondió Camilo.—Pero es preciso vencer los propósitos que ella se ha formado. Yo mentiré por usted; pero es preciso que usted me secunde en la ardua empresa que vamos á comenzar. La marquesa posee una astucia aristocrática y es sumamente desconfiada. Jamás cazador alguno encontró presa más difícil de atrapar. De modo que en esta ocasión el cazador debe escuchar á su perro. ¿Me promete usted una obediencia ciega? Yo seré su Fox—dijo Felicidad, dándose el nombre del mejor lebel de Calixto.

—¿Qué tengo que hacer?—preguntó el joven.

—Poca cosa—repuso Camilo.—Vendrá usted aquí todos los días al mediodía, y yo estaré en una de las ventanas del corredor desde donde se ve el camino de Gueranda, para verle llegar como una querida impaciente, y tan pronto como le vea, me escaparé á mi cuarto, como si deseara ocultar la inmensidad de mi pasión; pero á veces usted me verá y me hará una seña con el pañuelo. Cuando entre usted en el patio y al subir la escalera, afectará cierto aire aburrido, lo cual no te costará un gran disimulo, ¿verdad, hijo mío?—dijo Felicidad dejando caer la cabeza sobre su seno.—Irás despacio, mirarás por la ventana de la escalera que da al jardín, buscando allí á Beatriz, y cuando ella esté (y no tengas cuidado, que ya se paseará), si te ve, procura deslizarte lindamente por el saloncito y de él á mi habitación. Si me ves en la ventana espionando tus traiciones, te apresurarás á echarte hacia atrás para que no te sorprenda mendigando una mirada de Beatriz. Una vez en mi cuarto, serás mi prisionero. ¡Ah! permaneceremos aquí juntos hasta las cuatro. Usted empleará el tiempo en leer, y yo en fumar. Y para que usted no se aburra, yo procuraré traerle agradables libros. Aun no ha leído usted nada de Jorge Sand, y esta misma noche enviaré á mi criado á comprar sus obras á Nantes y las de algunos otros autores que aun no conoce usted. Yo seré la primera en salir de mi cuarto, y usted no debe presentarse en el sa-

loncito hasta el momento en que oiga á Beatriz hablando conmigo. Siempre que vea usted un libro de música abierto sobre el piano, me pedirá usted permiso para quedarse. Le permito á usted, si es que puede, que se muestre conmigo grosero, y todo irá bien.

—Felicidad, ya sé que siente usted por mí un raro cariño que contribuye á que yo sienta haber conocido á Beatriz—dijo Calixto con encantadora buena fe;—pero, ¿qué espera usted?

—En ocho días, Beatriz estará enamoradísima de usted.

—¡Dios mío! ¿será posible?—dijo Calixto arrodillándose y juntando las manos ante Camilo, que se mostró feliz de poder proporcionarle aquel goce á expensas suyas.

—Escúcheme usted bien. Si sostiene usted con la marquesa, no ya una conversación seguida, sino que si cambia con ella algunas palabras, en fin, si le permite usted que le interroga, si falta usted al mudo papel que yo le encargo que desempeñe, sepá que la pierde para siempre—le dijo Felicidad con tono grave.

—No comprendo una palabra de cuanto usted me encarga—exclamó Calixto mirando á Felicidad con adorable sencillez.

—¡Oh! es que si me comprendieses, no serías el joven sublime, el hermoso y noble Calixto—le respondió aquélla tomándole una mano y besándola.

Calixto hizo entonces lo que no había hecho nunca: tomó á Camilo por el talle y la besó graciosamente y sin amor, pero con ternura y como si besase á su madre. La señorita de Touches no pudo contener un torrente de lágrimas.

—Váyase, hijo mío, y dígame á la vizcondesa que mi coche está á su disposición.

Calixto quiso permanecer, pero se vió obligado á obedecer al imperioso gesto de Camilo, y volvió á su casa gozoso y seguro de que antes de ocho días sería amado por la hermosa marquesa de Rochefide. Los jugadores de mosca encontraron en él al Calixto perdido hacía dos meses. Carlota se atribuyó el mérito de aquel cambio. La señorita de Pen-Hoël estuvo cariñosísima con Calixto, y el abate Grimont procuraba leer en los ojos de la baronesa la razón de su tranquilidad. El caballero de Halga se frotaba las manos. Las dos solteronas ostentaban la vivacidad de dos lagartos. La vizcondesa debía cinco francos de moscas acumuladas. La avidez de Ceferina